EL Contrato

Manuel Fernando Loaiza Vera

Capítulo 1

El contrato.

Primero observó la rutina del político. Durante treinta días vio como se levantaba e iba hasta el cuarto de baño, cepillaba sus dientes y después lavaba su robusto cuerpo, una masa fofa que disimulaba con una holgada pijama de seda. Luego salía de la casa y se subía en el Mercedes. Conducía hasta el concejo mientras hablaba por celular. Entraba en el edificio y susurraba obscenidades a la recepcionista con qué se veía todos los viernes en el mismo restaurante donde almorzaba los sábados con su esposa y su hija.

Lo observaba a través de unos binoculares desde la parte más alta del corredor polaco de la catedral basílica de Manizales. A la hora del almuerzo lo seguía en su motocicleta hasta Vino y Pimienta. Veía como se comía una paella completa y se tomaba la mitad de una botella de Chateu Petrus. Esperaba a la secretaria del alcalde, la llevaba al apartamento que tenía para alquilar, contiguo a la plaza de toros, y salía dos horas después, aunque ella lo hacía hora y media antes. Lo veía subir de nuevo en su Mercedes y regresar a su casa a descansar después de un arduo día de trabajo. Entonces regresaba al aparta estudio que había alquilado para el trabajo y anotaba en su libreta todo lo que se salía de la rutina.

Revisó las notas y cotejó la del último viernes con el recorte de periódico que anunciaba la visita del gobernador. Los compromisos ineludibles con la secretaria acortarían el tiempo del encuentro, así que la operación sería rápida. Se reuniría con el hombre de Estado para tratar temas relacionados con el sistema general de participaciones, o por lo menos así le llamaban al negocio que tenían entre manos, según había escuchado en una de las conversaciones telefónicas del político. Se acostó pensando en las posibles variables. Hizo conjeturas sobre el comportamiento del objetivo y planeó la forma de anticiparse a cualquiera de los movimientos del hombre.

Ese fin de semana no espió al concejal. Almorzó en El Ranchero Paisa, el mejor restaurante de Chinchiná, donde regalaban una cerveza de cortesía cuando entregaban la carta. Está circunstancia ocupaba su cabeza mientras el viento aporreaba los macizos brazos que sostenían la dirección de la Royal Enfield en la que viajaba de regreso al aparta estudio. El golpe sería difícil, las calles no tenían edificios que elevaran su posición, tampoco habían callejones que aseguraran su huida. Tendría que hacerlo desde adentro. Guardó el vehículo, lo cubrió con una lona para evitar el roce, subió sin prisa las escalas y tomó nota de la información recolectada

antes de acostarse.

El restaurante estaba lleno, señal de la confidencialidad de la reunión. Vió como los dos hombres se saludaron estrechando las relaciones fatuas de la clase dirigente. Los pliegues en la piel de las manos se trepaban por las venas que palpitaban sincronizadas con la arteria carótida del asesino. Las miradas se hacían cómplices de la tranquilidad. La sonrisa del uno aceptaba las condiciones del otro. Los demás apenas se enteraban de su presencia, aunque se estuviese gestando la oscuridad en muchas vidas.

La misma calma, pero por motivos diferentes, acompañaba al asesino. Los asuntos políticos eran zona neutra para él. La incomodidad que podría sentir cualquiera que conociese el desenlace de la reunión, para el asesino solo significaba un calor sofocante que luchaba con su atención. El sopor estaba por invadirlo, pero su concentración se mantenía dispuesta a escrutar las intenciones de los más de doscientos clientes que ocupaban el comedor. Nadie lo había visto entrar, era una sombra más en el restaurante. Se acercó a la barra y pidió una cerveza, se acomodó en la mesa diagonal a su objetivo, dejó la botella y fue por otra. Se ubicó de tres a cuatro puestos detrás de los políticos, y se bebía a sorbos su cerveza mientras esperaba un movimiento que le indicara el momento.

A pesar de haber pensado en su salida, y haber dispuesto las armas necesarias para la operación, repasó el plan. La demora en el almuerzo de los políticos le estaba poniendo nervioso. El servicio se estaba tardando más de lo normal. Los movimientos del hombre serían impredecibles bajo las condiciones del desorden causado por las protestas de los clientes. Seguía con su mirada dibujante todos los movimientos de la víctima.

El trabajo que le hizo famoso fue parecido a este. Apenas tenía veinte años y ya era reconocido como un excelente sicario, pero este título se alejaba de sus pretensiones. Un sicario era algo vulgar, alguien que con un poco de puntería hacía el trabajo sucio. Si algo aprendió de niño fue a ser limpio y ordenado. Lección que le quedó grabada después de la paliza que le dio su madre luego de causar la colisión de un ovni de cerámica lleno de arroz, contra el tendido de la cama matrimonial. El trabajo sería perfecto, como todos los que había ejecutado.

El cliente que recién ocupaba la mesa vecina se paró y el asesino lo vio perderse bajo las sombras del pasillo cercado por guaduas apostilladas en ambos lados. Lo siguió hasta un baño de estilo rústico que desentonaba con el pomposo salón en que estaban los políticos. Sacó de entre sus pantalones un cuchillo de unos diez centímetros y esperó hasta que el hombre salió pálido de uno de los servicios.

—¿Usted?— preguntó el hombre cómo si hubiera visto un fantasma.

—Entenderá que su pregunta le ha sentenciado.

—No comprende la importancia de mi trabajo— acomodó su correa apretando la pretina un espacio por encima de lo normal— es para el bien de todos, ¿Acaso no le preocupa?

—Lo lamento, pero las cuestiones políticas son incomprensibles para mí, lo único que debo garantizar es que todo siga igual— apretó el cuchillo dándole una imagen pétrea a su puño — así que, con su permiso…

El asesino, en una maniobra imperceptible hasta para el ojo del narrador, hundió la hoja del cuchillo por debajo de la costilla derecha del hombre. El viento disimuló la exclamación de silencio dirigida a los perros que ladraban celebrando la violencia con que el cuerpo cayó en el sendero. El asesino acarreó al cadáver hasta la parte trasera del baño y lo recostó contra la pared posterior. El trago de cerveza ajena, fue suficiente para emborracharse hasta morir, o por lo menos eso era lo que parecía.

El comedor estaba a reventar. El asesino recogió la botella medio vacía de la mesa del difunto y la puso sobre la suya. Sintió la molestia del borde de la silla en sus nalgas mientras observaba el final de la reunión entre el gobernador y el concejal. Este último se subió al Mercedes apurando el paso, para no incumplir su cita habitual con la secretaria.